

permite todos los cultivos y las industrias todas. Una de las razones que explican lo relativamente lento del desarrollo de la Argentina es, sin duda alguna, su gran alejamiento de Europa; hoy ya los progresos de la navegación acercan más cada día la Argentina á Europa, facilitando á la primera la venta de sus productos y una mayor inmigración.

Paréceme asimismo que la República Argentina—como, por lo demás, toda la América meridional—puede contar con un nuevo motivo de progreso y de prosperidad en el desarrollo del continente africano. Se da poca importancia á este hecho, que yo juzgo de capital interés, porque el Africa podrá llegar á ser para Sur América una segunda Europa como mercado de multitud de productos.

La situación, pues, no puede ser para la Argentina más favorable, y si he de decir todo lo que siento, creo que lo es hasta en demasía. La historia me ha enseñado que hay dos cosas igualmente nocivas para los pueblos: las demasiadas dificultades y las facilidades excesivas. Incumbe é interés á los argentinos, con una viril y reposada educación de las futuras generaciones, abroquelarse contra las lisonjas, demasiado pérfidas á veces, de la caprichosa fortuna. Y por reposada y viril educación no entiendo la que consiste en imitar todos esos estúpidos juegos y sports con que Inglaterra va volviendo imbéciles las nuevas generaciones; entiendo una educación que, de la compleja mezcla de razas inmigradas en la Argentina, logre sacar una clase directora que comprenda á fondo la situación de su país en el mundo, sus ventajas y sus inconvenientes, sin inmoderado é irracional orgullo y sin espíritu de imitación por los viejos pueblos de Europa.

III

Mi ideal más querido es la unión de todos los hijos de Roma, de todos los pueblos que de Roma heredaron la lengua, la cultura y las tradiciones de la civilización. No es posible dudar que los progresos de la América del Sur en general y los de la Argentina en particular podrán servir de mucho en esta gran empresa.

En una de las conferencias que di en Buenos Aires en 1907, dije yo que el desarrollo de Sud América debía restablecer en el mundo el equilibrio, un poco turbado en provecho de los anglosajones. Sigo pensando lo mismo; pero pienso también que, para que esto suceda, importa que se mantenga viva en la Argentina la conciencia del origen y de la civilización, comunes con los hijos de Roma que viven en Europa.

Sometida como está la Argentina á influencias cosmopolíticas, lo mismo que todos los países nuevos, me ha parecido observar que esta convicción se nubla algunas veces en la Argentina y que late en no pocos una visible tendencia á renegar casi del origen de su progreso. No quiero dar á estos síntomas importancia mayor de la que tienen, pero no creería ser leal y sincero si dejase de señalar el hecho, si bien expresando mi firme esperanza de que en esa tierra fecunda fructificarán un día gallardamente los gérmenes más bellos de la civilización latina.

GUILLERMO FERRERO.

Del conde Angelo de Gubernatis

Roma 20 de Enero de 1910.

Estimado colega Soiza Reilly:

Puesto que en idioma francés y desde París me hacéis el honor de enviarme vuestro interesante cuestionario, supongo que esperaréis mi respuesta en francés, aunque según tengo entendido, la lengua que más se habla en Buenos Aires, después de la española, es la italiana. Imaginándome que vuestro *referendum* debe tener un carácter internacional y como por el momento la lengua más popular en los pueblos latinos sigue siendo la francesa, procuraré contestaros como me sea posible á las cuatro preguntas que me formuláis.

1.^a Todo acto que se realice en pro de la libertad resulta siempre benéfico para cada pueblo, pues con ella adquiere su independencia. Así como el hombre emancipado, salido de la esclavitud, despliega energías y talentos extraordinarios que son á menudo tan inesperados como maravillosos, cada pueblo que sacude el yugo de una dominación extranjera centuplica sus fuerzas, cesa de ser una masa estéril y además inerte, y desarrolla una actividad desconocida. La historia de los pueblos tiranizados por largo tiempo es la misma en todas partes. Una nación tiranizada carece de color y de alma.

La verdadera historia de un pueblo no comienza sino el día de su independencia. Antes de tal día, no es más que un relato de la tiranía y de la

esclavitud. En efecto: ¿qué se sabía del Brasil, del Perú, de Chile, de Colombia y de la Argentina antes de que esos países se libertasen de los yugos portugueses y españoles? Nada, ó casi nada, á excepción de algunas represiones tenebrosas, infamias y pillajes insolentes que empobrecían, brutalizaban y reducían los pueblos á la ruina.

La independencia, con la responsabilidad del hombre libre y consciente, ha dado á cada ciudadano la conciencia de su propio mérito y ha sido el acicate de todos sus progresos.

Las insurrecciones de los pueblos de la América latina contra su madre España han tenido un contraefecto bienhechor para el mismo país de los dominadores. De igual manera que la independencia de los Estados Unidos preparó la República francesa de 1789, puede decirse que la Revolución de 1810 en la Argentina preparó la Constitución liberal de España en 1812.

2.^a y 3.^a ¿Las ideas que yo cultivo con preferencia pueden dar fruto provechoso en la República Argentina? Yo soy un idealista incorregible. Pertenezco á una antigua civilización que ha vivido y vive todavía de la luz. Pues bien; temo que cada argentino ó cada extranjero que emigre á vuestra patria se apresure demasiado á enriquecerse, acumulando una fortuna que le quite el tiempo necesario para cultivar su personalidad moral é intelectual. Un hombre que se enriquece de repente, lo primero que hace es vestirse con distinción y hasta con cierta coquetería rebuscada, creyéndose un «gran señor» cuando gasta fastuosa y pomposamente su fortuna, ostentando con vanidad sus lujos y midiendo sus méritos según la riqueza que posee. Poco ó nada se hace por la educación interior y por la elevación del espíritu.

Los millones de italianos que llegan á vuestro país desde la Italia Meridional y Septentrional, os llevarán, sin duda, una febril actividad y una vigorosa fuerza de trabajo, que son preciosos y esenciales elementos para la constitución del bienestar material. Pero la mayor parte son emigrantes. No han hecho nada, ó casi nada, para desarrollar el amor á la ciencia y el amor á las artes. Cuando un rayo de ciencia llega á la Argentina, se le exagera la importancia que tiene. Cuando se intenta hacer arte, se cae á menudo en lo grotesco. Si algunos sabios ó grandes artistas italianos hubieran podido establecerse en la Argentina y hacer escuela, quizás vuestro pueblo en la hora presente, y desde el punto de vista artístico y científico, podría ocupar un puesto más elevado del alto que hoy ocupa. Pero lo que le faltó en el pasado lo tendrá seguramente en un cercano porvenir.

La hospitalaria República Argentina posee una gran receptividad. Sin esfuerzos difíciles, le será fácil escoger en Europa—Francia é Italia especialmente—los elementos que puedan desarrollar su progreso moral é intelectual dentro de la misma medida y con el mismo entusiasmo con que se ha obtenido su progreso material.

En Buenos Aires se paga bien caro para escuchar una bella voz italiana, y se paga mucho más si esa voz está de moda. ¿Por qué, pues, encontrar que son demasiado subidos los honorarios que pudieran exigir los sabios que fueran á la Argentina para crear allí laboratorios científicos, ó los grandes artistas que abrieran en Buenos Aires escuelas de bellas artes?

4.^o Lo que podría contaros de personal respecto á la República Argentina, ya lo dije en mi volumen *La Argentina*, publicado hace tres años.

Lo que puedo añadir hoy, es que mi libro debería rehacerse, teniendo en cuenta que la Argentina, y sobre todo Buenos Aires, marcha á paso de gigante hacia un porvenir glorioso. No quisiera ser tan viejo para volver á ver á ese gran país; admirarlo de nuevo; estudiarlo de más cerca; escuchar todas sus voces; explicarme sus nuevas hazañas, y darme cuenta de sus nuevas maravillas, que día á día me sorprenden más. Mi deseo constante es ver de cerca todos los grandes movimientos del alma de cada pueblo, pero aproximándome al puerto de la eternidad, sería quizás imprudente lanzarme en el vasto Océano; me tendré que contentar con que mis amigos de la Argentina me den alguna vez noticias de lo que ocurre de más interesante en ese país de progreso que la Providencia ha creado adrede para el desahogo y el renacimiento de la raza latina.

CONDE ANGELO DE GUBERNATIS

(De la Universidad de Roma.)

De Paúl Adam

Quando los argentinos sustituyeron el poder latino de la ley al poder germánico del rey feudal, desde la tierra de Magallanes hasta el Perú; cuando el ilustre San Martín después de milagros de valor con sus tropas absolutistas y victoriosas se reunió con Bolívar y con los venezolanos asegurando la misma justicia filosófica desde el mar Caribe hasta el golfo de Guayaquil; cuando argentinos, chilenos, peruanos y colombianos, de común

acuerdo, derrotaron á los soldados de la Inquisición, fué entonces cuando en los campos de Ayacucho se conquistaron para siempre la admiración y reconocimiento de la Europa republicana.

Esta lucha terrible—emprendida en la primavera de 1810 y terminada en el verano de 1824—lanzó el grito de triunfo que ha dado libertad al mundo latino, servilizado de nuevo por el despotismo de Napoleón, y en 1815 por los monarcas de la Santa Alianza. Inútilmente en Nápoles y en Madrid los liberales de 1820 habían proclamado la Constitución. El duque de Angulema, en 1823, acababa de rechazar hasta el Trocadero de Cádiz—según las órdenes de los emperadores ruso y austriaco—á los contradictores de Fernando VII.

Las llamas del *Auto de Fe* pronto iban á enrojecer otra vez el destino de España. La causa de la Revolución parecía perdida.

En vano de Jemmapes á Moscou nuestros jacobinos habían corrido durante veinte años con la bayoneta calada, abatiendo los estandartes de la tiranía germánica y eslava. En todas partes los príncipes bárbaros volvieron á empuñar sus cetros sobre sus tronos jadeantes un momento merced al espíritu romano de sus municipalidades, de sus villas y de sus provincias, de sus artesanos, de sus abogados y de sus patriotas.

Carbonarios, francmasones, iluminados y *Demi-Soldes*, se dispersaban lejos de los cadalsos y bastiones, donde rodaban las cabezas de sus jefes, donde se desplomaban los cuerpos fusilados de sus camaradas. Estos héroes hubiesen renunciado quizás á la lucha, si el ejemplo de la epopeya realizada por San Martín y Bolívar contra los generales de Fernando VII, los Monteverde y los Morillo, no hubiese reconfortado los corazones.

En París los elegantes jóvenes liberales se calzaban un sombrero «á la Bolívar», sombrero de copa alta con bordes curvados, con cuya ostentación manifestaban sus opiniones en la calle. En contradicción, los dandys realistas enarbolaban el fieltro de bordes planos de Morillo. En nuestro *Boulevard de Gand*, nuestros paseantes se desafiaban para el combate que se desencadenaba á lo largo de las cordilleras.

Gracias á esta emoción, las ideas liberales sobrevivieron, se exaltaron en las discusiones de nuestros cafés, de nuestros teatros, de nuestras universidades, de nuestros salones. Tales ideas se encarnaron en los oradores y poetas que predicaron en favor de los pueblecillos griegos, sublevados contra la opresión de los turcos. San Martín y Bolívar merecieron ser cantados por lord Byron, yendo á morir en la tierra que sitiaban los Pachás.

El viento de heroísmo que se levantó en los Andes á la voz de San Martín, avivó la fuerza de nuestros *Demi-Soldes*, de nuestros liberales y de sus jefes, el coronel Fabuer, el general Lamarque, de Laffitte y de Thiers. El viejo Lafayette recobró la energía que en nombre de la *Enciclopedia* habían libertado los americanos del Norte entre Washington y Rochambeau. El marqués—que en 1790 había presidido la fiesta de la Federación en el Campo de Marte encumbrado de delegaciones provinciales—supo organizar una vez más la *élite* constitucional de los salones del Hotel de Ville, reconquistados por los parisienses sobre la guardia real, bajo el sol de Julio de 1830.

Es, pues, á los argentinos y á su ejemplo á quienes nosotros los franceses debemos la república. La estatua de San Martín, erigida en una plaza de Boulogne sur-Mer, es también la de un restaurador

de nuestra libertad francesa y de toda la libertad latina.

El porvenir de la República Argentina está fijado claramente por su presente prosperidad. Competidora de los yanquis por los algodones, los cereales y por la exportación de carnes, no puede faltar en sus cálculos la idea de posesionarse de los mercados de ambos mundos, útiles á su opulencia si los emigrantes italianos, rusos, españoles y franceses multiplican suficientemente sus fuerzas de producción. El continuo aumento de estos emigrantes indica la probabilidad de esta esperanza.

Rica, activa, dotada maravillosamente de todas las cualidades latinas, muy parecida á la aristocracia individualista y combativa del Renacimiento italiano, la *élite* argentina debe crear antes de poco obras literarias y artísticas insignes. Sus poetas y sus escritores nos seducen desde ya infinitamente. Es necesario que artistas y literatos busquen dentro de las características de su temperamento nacional, de las costumbres americanas y de la decoración argentina los motivos de su inspiración. Vinci, Dante y Maquiavelo son inmortales porque expresaron la potencia especial de su patria. Shakespeare y Goethe, por las mismas razones, merecieron la unánime devoción de las letras. Fausto es el tipo completo del alemán perfecto, como Hamlet es el tipo clásico del inglés superior.

De la misma manera Montaigne, Hugo, Flaubert: el primero con su lenguaje imbuido de griego y de latín y con sus razonamientos de dialéctica ateniense y romana; el segundo con su admirable concepción del Mediterráneo, madre del genio humano; el tercero con su evocación de San Antonio, escéptico ante todas las religiones y reducido

á palabrear oraciones insípidas, con su evocación de Bouvard et Pécuchet, escéptico ante todas las ciencias y reducido á copiar insípidas fórmulas. De la misma manera estos tres autores simbolizan claramente el espíritu crítico y mediterráneo, su escepticismo audaz, fecundo en verdades siempre más nuevas y siempre más diversas. Shakespeare con el concepto de moralidad, Goethe con el concepto de metafísica y Montaigne con el concepto de escepticismo, crearon milagrosamente estas tres figuras típicas de la vieja Europa.

A la América del Sur fáltale buscar la belleza en ella misma. Edgar Poe la entrevió quizás en *Eureka*; Walt Whitman en *Una mujer me espera*.

¡Aun se puede buscar!

A esta *élite* argentina—individualista, enérgica, combativa, opulenta y brillante—es á quien pertenece formar el espíritu colectivo; espíritu colectivo que un Dante del Rosario y que un Vinci de Buenos Aires inscribirán en los símbolos de sus poemas ó de sus cuadros.

El siglo XX asistirá seguramente á esta gloria.

Para alcanzarla creo que es conveniente que los argentinos permanezcan fieles á la cultura latina. Es lícito se aparten de las influencias escandinavas y germánicas, contrarias á su naturaleza, pues un ser social debe perseverar en la fuerza de sus tradiciones originales. Ellas proceden únicamente del arte y del pensamiento de Bizancio, apenas modificados por los árabes, transportados por los moros á la casi isla ibérica; después, amalgamados allá, poco á poco, con los sobrevivientes de la civilización romana y celtibera. La Roma de los Séneca y Trajano, la Córdoba de Averroes, y Bizancio: he aquí las ciudades donde se elaboraron las ideas que los Díaz de Solís agitaron en las riber-

ras del Río de la Plata, y que más tarde los Ercilla y Zúñiga unieron con las impresiones sugeridas á su espíritu por el alma de los quichuas, de los charruás, de los araucanos y de los guaraníes, de acuerdo con los principios de la ley divinizada por los jurisconsultos de Roma y enseñada por los jesuitas mismos en sus colegios de buenos latinistas. Los argentinos se rebelaron contra la prohibición del comercio directo entre la América y las otras naciones, tal cual la pronunciaron los soberanos de Madrid en detrimento de sus colonias de América.

De esta revolución permanente, realizada por los contrabandistas en todas partes, debía nacer el gusto por las ideas enciclopédicas, antiguas y revolucionarias de Francia. En 1806, defendiendo con heroísmo á la ciudad de Buenos Aires de los ataques de la armada del rey de Inglaterra, y según los consejos de nuestro compatriota Jacques de Liniers, los argentinos, con su convicción triunfante, significaron la firmeza de esta fe, que estallaría el 25 de Mayo de 1810. La independencia ardía desde tiempo atrás en el fondo de los corazones, cuando se inflamó por todas las bocas y por todos sus gestos. Gestos y gritos que saludaron la victoria de la ley romana sobre los hijos de los invasores godos y francos que en la vieja Europa eran destronados por los jacobinos de Bonaparte y por sus oficiales, ebrios de las doctrinas proclamadas en el Forum por los Gracos y por los Bruto.

Es necesario que los argentinos pidan á estas doctrinas la suerte de su glorioso porvenir. El estoicismo de Séneca y el socialismo de Jesús serán siempre los dos consejeros impecables de los individuos y de los pueblos. Cristo promete á los pueblos la justicia futura del Señor, que paga con el

mismo salario á los obreros de la primera y de la última hora, porque si sus necesidades son las mismas, su trabajo es distinto. Zenón y Marco Aurelio les indican los medios de vivir con heroísmo, á fin de forjar en sí las fuerzas de la sabia virtud, y la manera de encontrar por medio de ellas los manantiales enriquecedores de la Naturaleza.

Para una *élite* estoica y un precepto cristiano no hay ambición imposible.

En ese país nuevo donde, según las estadísticas, ciento cuatro millones de hectáreas pueden ser cultivadas inmediatamente, cuando trece millones solamente reciben la herida bienhechora del arado, no hay sueño social que no parezca realizable.

Los frailes de San Bernardo, durante ocho siglos, han llenado Europa de conventos comunistas en regiones menos fértiles, que estaban en manos de los señores feudales. Quizás recaiga sobre la Argentina la gloria de inaugurar sobre su suelo virgen la ciudad futura de Karl Marx ó la de Kropotkine.

El milagro de fraternidad que he aguardado durante toda mi vida y que aun en mi agonía desearé se realice, este milagro se cumplirá más fácilmente en esas tierras libres próximas á ciudades activas, consumidoras y productivas, capaces de favorecer las primeras tentativas de un comunismo científico. Parece también que fundar mañana una ciudad según las esperanzas más ardientes de las naciones industriales, que favorecen el trabajo y los goces—reglamentados según los grandes utopistas contemporáneos—, sería un medio de atraer á la Argentina las masas obreras de los países latinos y sus energías necesarias á su desarrollo económico y social, pues sólo las multitudes en labor ferviente engendran las fuerzas de ideas, de entu-

siasmos y de amor que los genios gloriosamente utilizan y divulgan.

Ningún país me parece mejor designado que la República Argentina para tan magnífica experiencia de equidad en la vida futura. La riqueza, la inteligencia y el vigor de su pueblo son medios eficaces. Y sería espléndido que la parábola del Evangelio realizara el milagro sobre esa tierra donde todos los meses desembarcan los pueblos del Mediterráneo en busca de la dicha prevista en los discursos de su Dios.

Durante el mes de Agosto de 1908 iba yo en automóvil por los Pirineos, haciendo estudios geológicos, con un ingeniero amigo mío. Cierta día llegábamos á la etapa, emocionados aún por las magnificencias del sol poniente, que empurpuraba los paisajes escalonados de la montaña.

En el mismo momento en que yo penetraba en el hotel, una admirable señorita, vestida de blanco, vino hacia mí. Me llamó. Habíame reconocido por algunas fotografías vistas en Buenos Aires: Esta joven señorita reconocía al autor de *La fuerza* bajo el traje polvoroso del viajero. Encantadora y tímida, la niña me rogaba que le escribiera algunas frases sobre su álbum, engalanado de firmas ilustres.

Debo á esta joven argentina una de las cuatro dichas verdaderas que la suerte me ha acordado en la vida. Lo sé ahora. Mi esfuerzo no es absolutamente vano, puesto que una niña cándida y sublime, venida de allende los mares hasta nuestro viejo mundo con la ilusión de amar el nuevo pensamiento de los latinos, se lanzó de repente hacia mí, repitiéndome de memoria una imperfecta epopeya, en la cual canto el triunfo de la ley romana, floreciente entre las banderas de la Revolución francesa.

No habiendo estado jamás en las márgenes del Río de la Plata, y aunque sólo conozco aquel país por los grabados, esta graciosa señorita conservaba mi imagen en su espíritu de manera tan sincera, que, hermosa, ligera y cándida, con el alma en los ojos, se lanzó hacia el viajero deslumbrado...

Por un instante sentí el orgullo de creer que esta figura virginal era el joven mundo audaz de la América que venía hacia la tranquila y formal madurez de los antiguos pueblos... Y por primera vez sentí que los pasos de la gloria sonaban en mi oído.

PAÚL ADAM.

París, Febrero de 1910.

De Melchor de Vogue

Distinguido señor:

Muy á pesar mío, carezco de conocimientos personales sobre la República Argentina. Los amigos míos que la han visitado recientemente—entre ellos el historiador Guglielmo Ferrero—me dicen que el prodigioso desarrollo de vuestro país durante estos últimos años lo señalan como uno de los grandes focos de trabajo y de riqueza del mundo de mañana. Foco intelectual, añaden vuestros editores cuando me hablan de las continuas demandas de libros franceses, que aumentan diariamente en la Argentina. Y es de creer que, en efecto, estos libros se leen con entusiasmo, pues cada correo me trae muchos pedidos de graciosas señoritas, que reclaman pensamientos autógrafos.

Pueda el genio latino brillar con fulgor rejuve-

necido en el vasto mundo de la América del Sur; tal es el deseo que como saludo os dirijo en el aniversario de vuestra Independencia.

E. M. DE VOGUE.

(De la Academia Francesa.)

De Jorge Ohnet

Muy señor mío y cofrade:

Considerando los resultados obtenidos por el esfuerzo nacional en un solo siglo, es indudable que la República Argentina está llamada á cumplir muy hermosos destinos.

Su población—notablemente refinada en las ciudades y admirablemente laboriosa en los campos—cultiva en América las más bellas cualidades de la civilización europea.

Desde el punto de vista económico y financiero, su porvenir es inmenso.

La riqueza, fundada sobre la cultura de su suelo, irá sin cesar en aumento. Y su gusto por las letras y las artes la colocará á la cabeza del movimiento intelectual de la América del Sur.

Crea, señor y querido colega, en mis sentimientos más distinguidos.

JORGE OHNET.

París 16 de Enero de 1910.

De Max Nordau

Estimado cofrade Soiza Reilly:

Desgraciadamente, no habiendo ido jamás á la América del Sur, no tengo de la República Argentina más que el solo conocimiento dado por los libros. Pero este conocimiento me basta para afirmar que el día que ella nació es una fecha memorable en la historia universal, y que toda la humanidad, al llegar su centenario, tiene sus razones para festejarla.

La Argentina es un país de libertad y un foco de alta cultura. Ella ha creado una metrópoli admirable, ofreciendo un centro propicio á la eclosión y fomento de todas las artes, letras y ciencias. Ella da hospitalidad á todos aquellos que le ofrecen un talento, una fuerza, una virtud... Ella produce riquezas, particularidad condicional de todos los progresos intelectuales. Ella es menos esclava de la rutina y está menos paralizada dentro del formalismo tradicional que nuestra vieja Europa, abierta á todas las innovaciones. Ella tiene el territorio, el clima, la abundancia de las costas, las vías navegables, es decir, todo lo necesario para servir de base material á una gran nación, numerosa, fuerte y próspera, llamada á muy altos destinos.

Cuanto acabo de deciros lo deseo de todo corazón, pues estoy convencido de que la Argentina tendrá siempre la ambición de ser contada entre las colaboradoras más eficaces de la civilización universal.

Créame, estimado cofrade, su devoto

MAX NORDAU.

París, Enero 22 de 1910.

De Víctor Margueritte

Passy, Febrero 24 de 1910.

Mi querido colega: Con todo mi corazón asistiré al glorioso aniversario de vuestra Independencia, celebrado en un magnífico florecimiento de nación caballeresca, trabajadora y heroica.

Vosotros habéis hecho en cien años muchas cosas, y sobre todo, habéis realizado cosas muy bellas. Creo firmemente que en mucho menos tiempo conquistaréis en el futuro una prosperidad que asombre al mundo entero. Y lo conseguiréis por vuestra fe en vosotros.

Conozco á ese simpático pueblo y me ligan á él preciosas amistades; conozco lo valientes que son sus hombres y lo bellas que son sus mujeres.

Yo saludo la ascensión lenta y segura de la República Argentina, en donde nuestra República francesa tiene una fiel hermana latina.

VÍCTOR MARGUERITTE.

De Paúl Reclús

Señor:

Si viviera Eliseo Reclús respondería á vuestras preguntas exteriorizando todas sus esperanzas en

el porvenir radioso de la bella patria de los argentinos; pero así también reprobaría que de allí se expulsara á todos aquellos ciudadanos que no piensan como los hombres que gobiernan vuestra nación. No es imitando á Rusia y á España como la República Argentina debe festejar el Centenario glorioso de su Independencia.

Reciba, señor, mis respetuosas saluciones.

PAÚL RECLÚS.

De León Bourgeois

Aprovecho complacido esta ocasión que se me ofrece para enviar un cordial saludo á mis queridos colegas señores Sáenz Peña, L. M. Drago y Rodríguez Larreta, que con tanto lucimiento representaron á la República Argentina en la conferencia de La Haya. Sus nombres quedarán inscritos entre los de los amigos del derecho y de la paz que más útilmente han trabajado por preparar la «unión de las naciones».

LEÓN BOURGEOIS.

Del excapitán Alfredo Dreyfus

París, Marzo de 1910.

Después de las heroicas luchas sostenidas por los habitantes de Buenos Aires contra los ingleses á principios del pasado siglo, la revolución contra el dominio español estalló en ese medio en fermentación, dando por resultado la proclamación de la República Argentina, cuyo desenvolvimiento du-

rante estos últimos años ha adquirido un vuelo maravilloso, que desde aquí seguimos con la más profunda simpatía.

Saludo al par que vosotros la fecha gloriosa cuyo Centenario os preparáis á celebrar, y que fué para la Argentina la aurora de una era de libertad y de progreso.

ALFREDO DREYFUS.

Del conde Roberto de Montesquiou-Fezensac

Distinguido señor:

Mis conocimientos etnográficos y mis ideas sociológicas no me permiten dar más que contestaciones de muy poca importancia á las tres primeras preguntas de su encuesta. No será así por cierto respecto á la cuarta. ¡Ah, no! Personalmente, tengo algo que decir de la República Argentina.

Ya que usted me quiere reconocer algún prestigio y cierto lugar en el pensamiento contemporáneo, creo sería justo restituir la parte que le corresponde á quien durante veinte años vino de esas lejanas riberas argentinas á asistirme y á protegerme con su espíritu vivaz, con su celo maravilloso y con su radiante cordialidad. Quiero hablar de *Gabriel de Iturri*, tucumano de origen, y perteneciente á una familia muy conocida y apreciada. La suerte, ó mejor dicho, la providencia de un encuentro mundano, me lo hizo conocer en 1885; y desde entonces no cesó de prodigarme su fe en mis obras y su amistad y afección á mi persona, con ingenioso cuidado casi genial; Gabriel de Iturri me ayudó en todas las dificultades, y me ha sostenido

en todas las pruebas por las cuales he tenido que pasar.

El apoyo que mi familia me negó y la comprensión que me regateaban mis amigos, todo lo encontré en este extranjero; él me protegió sin una duda, sin un desfallecimiento durante veinte años, al cabo de los cuales, la desaclimatación y la vida de fiebre en un centro que no era el suyo—Paris—lo usurparon á mi corazón y al cariño de todos los que le conocieron y trataron. En cambio de lo que él hizo por mí, y en *reconocimiento* (que esta palabra sea dicha), en *reconocimiento* á sus favores, yo no deseo nada con tanto ardor como alcanzar un día el triunfo de mis obras. Y quiero que triunfen no por el renombre que ellas puedan traerme, sino para que *aquel* que fué mi colaborador ocupe en la historia literaria de Francia el sitio que le corresponde.

Entonces será conocido el *Libro* que he consagrado á la memoria de Gabriel de Iturri, y del cual hice imprimir un reducido número de ejemplares, distribuidos entre escaso número de amigos, cual conviene á una sincera conmemoración funeraria.

Ya vendrá el día de la justicia. Entonces este libro servirá para que se dé á cada uno lo que le corresponde: á vuestro compatriota el Homenaje, y al escritor, el mérito de la *Fidelidad*.

He aquí, señor Soiza Reilly, lo que creí deber decirlos en vuestra casa y ahora por escrito. Os adjunto un artículo consagrado al libro de que os hablé. Pertenece al sabio profesor Alberto Rubin, y fué publicado en el *Herald* del 15 de Noviembre de 1908.

Con los mejores afectos os saluda

EL CONDE ROBERTO DE MONTESQUIOU-FEZENSAC.

Del general Picquart

La grandeza de la República Argentina se debe en su mayor parte á los heroicos guerreros que la civilizaron.

PICQUART.

De Paúl Hervieu

Paris, 1 Mars 1910.

Salut et souhaits de gloire á la République Argentine.

PAÚL HERVIEU.

Del Sar Peladan

Querido colega:

¿Os parece increíble que un escritor francés pueda tener ideas bien definidas sobre la República Argentina? Nosotros los latinos estamos confinados dentro de la zona mediterránea. Solamente la arqueología nos empuja más allá, y entonces nos vamos hacia el Oriente.

Pero ningún hombre reflexivo puede sentir indiferencia y frialdad frente al progreso de la América del Sur, y en particular menos aún frente al progreso de la República Argentina. El espíritu bárbaramente práctico de la América del Norte sería una amenaza terrible y constante para la verdadera civilización si la América del Sur no

fuera un contrapeso providencial por los elementos latinos que la constituyen y sobre todo por su mentalidad. La importancia del Uruguay y del Paraguay escapan á mis lecturas. De todos modos, creo que el descubrimiento del estuario del Plata por Díaz de Solís, tiene la importancia del descubrimiento de un segundo Brasil, destinado en el porvenir á contrabalancear la preponderancia maligna del yanqui.

Lejos estoy de hablar mal del espíritu anglosajón, pues esta raza posee brillantes cualidades prácticas y administrativas, pero yo pertenezco con todas mis fibras á la raza latina y no puedo creer que sea un bien para la Humanidad que los «positivistas» dominen y triunfen sobre los «imaginativos». No puedo creer tampoco que el Norte pueda llevar á cabo obras tan profundamente humanas como el Sur.

En Occidente hemos visto desaparecer las bellas artes y hemos visto que las costumbres perdieron todas sus alegrías cuando el elemento germánico, levantado por Lutero, se opuso al admirable Renacimiento. En América del Norte asistimos á la más sorprendente desproporción entre el progreso material y la medianía intelectual.

Las mejores revistas norteamericanas parece que estuvieran redactadas por jóvenes inocentes para deleite de los niños cándidos. Por mi parte, yo no me pondría á discutir jamás sobre simples ideas generales con ningún americano del Norte, á menos que éste no fuese profesor de filosofía.

La América del Sur, por el contrario, nos muestra corrientemente el tipo del hombre civilizado que comprende con facilidad todas las sutilezas y todas las abstracciones.

Existe otra razón que no carece de importancia.

y que favorece mucho á los argentinos: hablo de la mezcla de la raza española con la india, que ha sido más íntima y mucho más profunda que en cualquier otra parte. Esto constituye una originalidad, á base latina, que más tarde dará bellos frutos estéticos.

Si las Américas llegan á tener alguna vez un arte propio, ese arte nacerá en la América del Sur. No hay que preocuparse de cómo el Universo se interese en el florecimiento del hispanoamericano junto al anglosajón. El hispanoamericano es el que más fielmente respeta y quiere las tradiciones de la vieja Europa. Por lo tanto, yo creo que ningún pensador de cultura clásica dejará de hacer votos por un país que como la República Argentina llegará á ser una columna espiritual del clasicismo.

PELADAN.

París 19 de Diciembre de 1910.

De Henri de Regnier

París, Febrero de 1910.

Estimado señor y colega: Disculpeme usted si no respondo á las preguntas que me hace usted el honor de formularme, pero yo, como poeta, me siento incapaz de tratar de los asuntos americanos que me indica en su *enquête*, pues conozco muy poco á su país.

Todo lo que yo puedo manifestarle es mi gran simpatía por la República Argentina, cuyos escritores desgraciadamente no pueden ser juzgados en Francia, debido á que de ellos se conocen muy escasas traducciones.

Con mis mejores sentimientos y haciendo votos de prosperidad por su país, quedo de usted atento seguro servidor

HENRI DE REGNIER.

De Francisco de Nión

La carta que usted, estimado colega, me ha dirigido, me es profundamente grata, por cuanto la Argentina es, después de la Francia, el país del cual más á menudo se acuerda mi corazón. Cuento allí con los amigos que más quiero; soy el correspondiente de uno de sus más grandes periódicos, y en fin, á vuestra amada patria he confiado el porvenir de mis dos hijos. El mayor, Antonio, ahijado de vuestro gran compatriota el general Lucio V. Mansilla, tan pronto como cumpla su edad irá á la Argentina para ensayar sus energías, contribuyendo con su labor y con sus fuerzas á la prosperidad y grandeza de vuestro país. Su hermano Luis le seguirá. Si mis deseos no fueran como son de un buen francés, desearía que ambos se instalaran allá sin esperanza de retorno, á fin de poder reunirme yo con ellos (una vez concluida mi labor), y dormirme al anochecer bajo los últimos resplandores de vuestro hermoso sol.

¿Por qué pienso así?

No supondréis, sin duda, que quiero haceros una adulación.

¿Por qué?

La contestación á esta pregunta servirá al mismo tiempo de respuesta á las cuestiones planteadas en vuestra circular.

El día que la América española sacudió el yugo de la metrópoli y proclamó su independencia, será una de las fechas más culminantes y más bellas de la Humanidad. Todo el porvenir de las razas latinas se condensa en esa epopeya que prestó al mundo entero recursos infinitos de actividad, de riqueza y de sangre. Unidos á Madrid por el hilo lejano—que no era telegráfico—de la colonización de villas como Buenos Aires, los criollos no habrían conquistado jamás el progreso que se inició poco después de la fecha cuyo centenario vamos á celebrar.

El sorprendente y amplio desarrollo obtenido por la Argentina os encamina hacia una superioridad y una potencia universal que llenará de sorpresa al mundo entero. Está próximo el día en el cual la vieja Europa se doblará bajo el peso de sus deudas y bajo la abundancia desenfrenada de sus armamentos, y quién sabe si bajo los veinte millones de amarillos, que tan pueril é imprudentemente hemos armado y disciplinado para la victoria...

Entonces (y aquí mis caras ideas vuelven á sonreír á mi esperanza), entonces, mientras el industrialismo ó la barbarie—formas distintas de un mal igual—adquieran incremento del otro lado del Océano, en vuestro país, que está á la misma latitud que en el hemisferio Sur corresponde á la ciudad de Atenas, reinarán las artes, la poesía y esa intelectualidad ideal que debe sobrevivir á todas las revoluciones y perpetuarse de manera inmortal por encima de todos los desastres, puesto que ella es la que representa el espíritu eterno de la tierra.

He leído á vuestros poetas y prosistas y sé con qué llama nueva y ardiente mantienen entre vos-

otros el fuego del alma siempre más vivo y puro. Sé también en qué sentido evoluciona vuestro idioma, que sin alterar la noble lengua castellana que os legaron vuestros abuelos, se adapta hoy de mejor manera á las nuevas costumbres, necesidades é imágenes de nuestra vida. Esta lengua—creo estaréis de acuerdo conmigo para decirlo—se aproxima dentro de sus formas y dentro de su ambiente general á la francesa, y diríase que está teñida de galicismo, y que participa del genio de Cervantes y de la espontaneidad de Voltaire.

En este sólo hecho hay toda una indicación del porvenir reservado al radioso país argentino.

Cierto día hablaba yo con uno de vuestros hombres de Estado que á un profundo saber une el don precioso de la intuición de lo futuro, y le dije:—Creo no haberme engañado al sintetizar mi pensamiento en esta frase un tanto familiar, pero que tiene el mérito de la sinceridad: «La República Argentina es el último cartucho de la Humanidad civilizada.»

FRANÇOIS DE NIÓN.

De J. H. Rosny

Las revoluciones que dieron la independencia á la América española fueron necesidades inevitables.

España gobernaba sus colonias de la manera más incoherente y más insoportable. Sin duda que con una madre-patria más previsora, la separación era también inevitable, aunque seguramente más lejana.

Tengo sólida confianza en el porvenir de la